

LA PERFORMANCE DRAG KING: USOS DEL CUERPO, IDENTIDAD Y REPRESENTACIÓN

Leticia Inés Sabsay

Universidad de Buenos Aires (Argentina) /

Institut Universitari d'Estudis de la Dona, Universitat de València (España)

leticiasabsay@yahoo.com

Resumen

Este trabajo se propone una reflexión sobre la articulación del cuerpo sexuado con la construcción de la identidad subjetiva en el mundo contemporáneo, ya que los usos y prácticas actuales sobre el cuerpo señalan un profundo cuestionamiento de su supuesto carácter natural y proponen un nuevo abordaje en su relación con la configuración de las identidades sexuales y de género. Partiendo de este contexto, el interés de estas líneas consiste en poner a discusión las significaciones y políticas posibles a las que nos abre la desnaturalización del sexo, que asumimos ya como parte de la producción cultural. Para ello, partimos del análisis de la performance Drag King, según cómo ésta es desarrollada por Del Lagrace Volcano y Judith “Jack” Halberstam en su mítico libro, *The Drag King Book*. Tomando como referencia la perspectiva teórica de Judith Butler, a través de la lectura de esta obra, intentaremos marcar cómo y en qué sentidos estas (y otras) posiciones de sujeto desafían la estabilidad de las representaciones, poniendo en crisis la jerarquía socio-sexual en la que vivimos, signada por la heterosexualidad obligatoria, que unifica de forma incuestionada el sexo, el género, la orientación y la identificación sexuales.

1. Introducción

Your body is a battleground

Bárbara Kruger

Si la frase acuñada por Bárbara Kruger en uno de sus “carteles” tuvo como contexto la lucha por los derechos de las mujeres, hoy esta misma frase vuelve a resonar, quizás con más fuerza (y de seguro con nuevos sentidos) de cara a las políticas de identidad sexual que en la actualidad están asumiendo una renovada visibilidad. En efecto, las políticas de identidad asociadas al transexualismo y el transgenderismo, junto con las de gays, lesbianas y bisexuales, parecerían poner sobre el tapete con un nuevo signo, este campo de batalla que es el cuerpo humano, cuestionando nuevamente su supuesto carácter natural, y por ende último rincón de lo auténtico e inapelable, en definitiva, previo al orden de la cultura, y aun del significante.

Pero no sólo en el campo de la sexualidad vemos desarrollarse la lucha por la determinación del estatus ontológico y político del cuerpo: en paralelo con las políticas sexuales, los dilemas a los que nos enfrentan la clonación y la investigación genética, la intervención quirúrgica de fines plásticos y estéticos, las nuevas modalidades de la violencia bélica, los “viejos” y “nuevos” tribalismos -desde las ablaciones hasta la recuperación posmoderna del tatuaje y el piercing-, la alteración de los rasgos étnicos, señalan al cuerpo como un espacio privilegiado donde parece inscribirse una nueva mirada sobre la subjetividad y la representación.

Estos fenómenos, que han llamado a la reflexión sobre el nuevo estatus del cuerpo humano en su vínculo con la subjetividad y la representación, parecerían brindársenos en su más estricta actualidad; pero en tanto que fenómenos actuales, nos reclaman en primer lugar que los interroguemos en lo que de nuevo, este acontecer querría ofrecernos. Como señala Jacques Derrida, quien nos anima a revisar nuestro análisis de lo actual, atentos a no confundir la actualidad con el presente: “El primer rasgo es que la actualidad está hecha... no está dada sino activamente producida, cribada, investida, performativamente interpretada por numerosos dispositivos ficticios o artificiales, jerarquizadores y selectivos, siempre al servicio de fuerzas e intereses que los “sujetos” y los agentes (productores y consumidores de actualidad –a veces también son filósofos y siempre intérpretes-) nunca perciben lo suficiente” (Derrida, 1998: 15).

Así planteado, este panorama nos enfrenta entonces a un interrogante que apunta a la puesta en cuestión de esta novedad tomada así, casi de antemano, dando por cierto y evidente el rumor mediático. Y es en vistas de estos usos del cuerpo, que la interrogación por la significación contemporánea de estos nuevos usos será la que guíe nuestra reflexión: ¿hay entre los tratamientos basados en hormonas y la vestimenta de sexos cruzados, verdaderamente un salto cualitativo? ¿Suponen estas prácticas una “nueva” conceptualización del cuerpo? ¿Qué tiene de novedoso este fenómeno en el que se incluyen prácticas tan disímiles como la operación de genitales y los experimentos con el genoma, pero que podríamos resumir como de

intervencionismo sobre el cuerpo humano, con respecto al tratamiento de la histeria, las tradicionales curas espirituales a través de castigos corporales, las dietas o el uso de maquillajes y otros dispositivos de adaptación estética y social al uso?

Si partimos de la noción de que el cuerpo (y especialmente el cuerpo sexuado), como tal, es ya una construcción, y que la intervención sobre el mismo es por lo menos tan antigua como la propia historia, ¿dónde radicaría precisamente esta novedad? ¿Es que hay efectivamente un “salto”, una ruptura de las prácticas, entre lo que hemos descrito someramente como uno de los horizontes de la época contemporánea y lo que ha supuesto de intervencionista la ciencia médica o los ritos del chamán? En síntesis: ¿cuál es el sentido de estas prácticas de hoy? ¿Revelarían estas prácticas una nueva significación del cuerpo? Y si esto es así, ¿cuál sería?

El cuerpo siempre ha sido y sigue siendo un espacio privilegiado de inscripción de discursos sociales y normativas, un campo de batalla en múltiples sentidos, pero de cara al momento actual, hay uno que particularmente nos llama la atención, esto es, la rearticulación del vínculo entre el cuerpo y la identidad del sujeto, particularmente lo que propondría como una relación indeterminada entre el cuerpo sexuado (¿o sería mejor decir sexualizado?) y la configuración de la subjetividad. En efecto, parecería que es en esta relación donde podría vislumbrarse una cierta transformación. Y es que si el cuerpo naturalizado supo constituirse a lo largo de toda la modernidad como el último e inviolable refugio de “la verdad de sí” (Foucault, 2002) (1), parecería ser que la actual posibilidad de su intervención / alteración lo constituye como el terreno fértil para “la producción de sí”. Un desplazamiento desde “la verdad de sí como dato” hacia “la verdad de sí como construcción”, en el que no podríamos evitar oír las resonancias del corrimiento de la teoría a la luz del giro lingüístico, pero que en el campo de los discursos sociales no asume direcciones tan precisas y se deja entrever como un recorrido más bien complejo y pleno de contradicciones.

Planteados estos interrogantes, nuestro interés será ver entonces, en ciertas expresiones culturales de la figura del Drag King, las contradictorias y complejas relaciones que se establecen entre el cuerpo y la identidad, de cara a los usos no hegemónicos (y diría hasta contrahegemónicos) del cuerpo en relación con las prácticas de sexualización, y su estrecho vínculo con la identidad subjetiva, y más aun, con cierta experiencia, que llamaría posthumana, de la subjetividad. Para ello, tomaremos como eje la obra de Del LaGrace Volcano y Judith “Jack” Halberstam sobre la escena Drag King en Londres, San Francisco y New York (2). Allí, efectivamente, veremos que el cuerpo funciona como pivote alrededor del cual se deconstruye la noción de identidad. La construcción discursiva de estos “cuerpos abyectos”, parafraseando a Judith Butler (Butler, 2002), más allá, pero a la vez formando parte de la materia corporal, parecería en efecto, estar dotando de nuevos sentidos a la subjetividad.

Si como afirmábamos renglones más arriba, el cuerpo siempre ya estuvo hablado, intervenido por el orden de la cultura, y como se hace evidente en la relación sexo/género, tanto un término como el otro son producto de la generización, es decir que el sexo antes que el substrato natural sobre el que se imprimiría el género, es producto de una sociedad ya generizada (Butler, 2001), o en otros términos, es un efecto de la “interpelación ideológica” (Althusser, 1988), no podría ser en el terreno de la ontología de las prácticas donde deberíamos investigar las transformaciones del vínculo entre el cuerpo y la subjetividad, sino en la dimensión ideológica de esas prácticas. En otras palabras, si hay algo de transformador en estas prácticas sexualizadoras, hay que ir a buscarlo no en la “materialidad” de las prácticas sino en su significación cultural.

En efecto, nuestra hipótesis es que no sería tanto en el carácter supuestamente “material” de la intervención sobre el cuerpo humano donde estaría la novedad. No habría desde nuestro punto de vista un salto cualitativo radical entre éstas y anteriores luchas por la organización de una jerarquía sexual: todas las luchas son materiales, y no podríamos afirmar de unas prácticas que fueran “más materiales” que otras, no podríamos deslindar una intervención simbólica de una material, como si éstas fueran dos zonas independientes de la lucha y el antagonismo sociales. Pero sí, a la hora de pensar el cuerpo como soporte de la identidad, podemos vislumbrar una serie de dislocamientos en cuanto a los espacios y modos de su representación. Pensar en el carácter “material” de la intervención sobre el cuerpo en oposición a la producción discursiva, seguir oponiendo lo material a lo simbólico, o en otros términos, lo real/verdadero a la representación, por no decir lo natural a lo cultural, implicaría de hecho, seguir estableciendo el debate en los términos impuestos por “la metafísica de la sustancia” que ontologiza y trascendentaliza un más allá o un más acá del lenguaje, en completa situación de exterioridad con respecto a él (Butler, 2001).

Sin embargo, las prácticas y los usos del cuerpo en los que se materializa la lucha por la identidad de los sujetos, no son los mismos ahora que antaño; los sentidos políticos que asume la identidad de los sujetos tampoco. En esta línea argumentativa hipotetizaremos entonces que no es exclusivamente ni en el cuerpo ni en la identidad subjetiva donde se juega la lucha, sino en su relación: relación en la que se articulan dos series significantes (la que ha construido al sexo como lo natural y la que ha construido al género como el conjunto de normas socio-culturales), y que nos lleva a pensar cómo se representa esa relación. Porque lo que en uno y otro campo del discurso social parece hacerse evidente es que el cuerpo se brinda hoy como una oportunidad para des/re articular la noción de representación.

II. "Female masculinity": un terreno imaginario entre la representación y la identificación

En *The Drag King Book* (3), las fotografías de Del LaGrace Volcano y las entrevistas de Judith Halberstam nos presentan las escenas Drag King de San Francisco, Nueva York y Londres. A lo largo de todo el recorrido, lo mismo que en las citas que reproducimos a continuación lo que se nos presenta una y otra vez en ese libro es un constante deslizamiento pendular entre la Representación y la Identificación.

"When asked, 'What's a Drag King?' I reply: 'Anyone (regardless of gender) who consciously makes a performance out of masculinity'" (DKB: 16)(4).

"In my dictionary Drag Kings are part of the transgendered spectrum but not everyone who does drag is transgendered or wants to be. There are a small but significant percentage of Kings who acknowledge that their Drag King personas are more than a stage act. An even smaller percentage have passed through the Drag King scene and now identify as transgender, transsexual, intersexual or simply gender variant. For some of us, what started out as a performance or an experiment, became the reality of choice." (DKB: 27) (5).

Como verbo, drag implica una performance (una teatralización), su traducción –nos dice el diccionario- sería la de travestirse (usar las ropas del "sexo" contrario), en sus usos supone un escenario (en la vida o en el club) y es definido antes que nada como una actuación. Independientemente de su relación con "la verdad genérica de sí", "to be in drag" implica un compromiso con la representación. Sin embargo, por ese desplazamiento del estar al ser, también, para quien realiza actos performativos como Drag King se abre la posibilidad de la identificación. Actuar como drag puede al mismo tiempo revelar la marca de una identidad, transgenérica o no.

Vínculos sinuosos entre las representaciones, las identificaciones, las identidades y las posiciones de sujeto, que ponen en escena la realidad imaginaria del yo. Porque, en efecto, es en el terreno de lo imaginario donde se juega la construcción de la identidad del sujeto. Y es en este sentido que lo que parecerían poner de manifiesto estas citas, que replican en la pose, la actitud "artificial" del Drag King, es el salto abismal que supone convertirse en un Yo.

Estamos, como es de esperarse, en zona lacaniana. En efecto, es Jaques Lacan quien a partir del psicoanálisis arrojó a la subjetividad al orden del significante, y desde el psicoanálisis es impensable un realismo del cuerpo aprehensible por el sujeto, sino es por el trabajo de mediación de la significación. Desde esta perspectiva, en la cual la realidad de la subjetividad sólo se da en el orden del significante, el Yo del sujeto no podría ser otra cosa que un efecto de representación (Lacan, 1970, 1971). Una cuestión que a partir de otras perspectivas provenientes del campo de la semiótica y la lingüística también fue puesta de manifiesto con precisión. Por lo pronto, y en este sentido, no podemos dejar de mencionar la perspectiva bajtiniana, dentro de la cual, la interioridad de la conciencia de un sujeto es un efecto de significación secundario con respecto a la realidad interdiscursiva del signo, donde los signos de la conciencia son producto del carácter intersubjetivo de la realidad sónica (Bajtin, 1993). También Emile Benveniste llama la atención sobre el hecho de que el sujeto sólo se constituye en el discurso, en tanto "soporte" y referencia del acontecimiento discursivo que es la enunciación. Según este autor, el aparato formal de la enunciación pone en evidencia que la categoría de sujeto es una categoría lingüística, que sólo cobra realidad en la alocución, con el posicionamiento de un Tú y un Yo, que no pueden encontrarse en ningún otro sitio que en la misma enunciación (Benveniste, 1991).

Ahora bien, la figura del Drag King como performance alude a dos niveles distintos de la representación. En primer lugar, la representación en tanto significación, que alude a una supuesta "naturaleza" de lo masculino, que el Drag King estaría parodiando. Nos referimos a la representación cultural de una posición posible de sujeto (masculino), en síntesis, se trata de la representación tal como la venimos planteando renglones más arriba. Pero sobre esta primera representación cultural se monta una representación que se deja ver a sí misma como tal, que se muestra como representación de la representación –la parodia-, dándose como una suerte de representación de segundo grado. Así en la performance Drag King, tenemos en principio una representación cultural (la de las posiciones del sujeto masculino, encarnando diferentes masculinidades, en tanto que ellas mismas representaciones), que viene a ser el referente de la segunda forma de representación, y lo que Del LaGrace Volcano denomina como "performance", cuyo efecto paródico desarticula toda pretensión de realismo no sólo de esta segunda representación paródica, sino a su vez de la primera.

En efecto, poniendo al alcance de la visión la artificiosidad del Drag King, no sólo se pone en evidencia el carácter construido y artificial de una "female masculinity", sino que en ese movimiento, se arrastra a la artificialidad a la masculinidad "en sí". La figura del Drag King expresa claramente lo que nos hace compartir el punto de vista de Judith Butler sobre el género, a saber que éste es el producto de la performatividad del significante, materializada a través de una reiterada actualización de gestos significativos y normativizados (discursos), que producen como causa lo que en realidad es un efecto de su propia articulación.

La relación sexo/género que organiza la heterosexualidad obligatoria es desestabilizada por la hiperbólica masculinidad escenificada en el Drag King, cuya figura yuxtapone (a veces de modo disonante) dos géneros, desarticulando de este modo la

reificación de la identidad de género y su consecuente binarismo. Precisamente, en su libro, *El género en disputa*, Butler señala el carácter de drag de todo género, y remarca que la relación binaria, disyuntiva y asimétrica del sistema de sexo/género puede ser intervenida justamente por las prácticas paródicas:

“La repetición de constructos heterosexuales dentro de las culturas gay y hétero bien puede ser el sitio inevitable de la desnaturalización y la movilización de las categorías de género; la reproducción de estos constructos en marcos no heterosexuales pone de relieve el carácter totalmente construido del supuesto original heterosexual. Así, gay no es a hétero lo que copia a original, sino más bien, lo que copia es a copia. La repetición paródica de “lo original” (...) revela que esto no es sino una parodia de la idea de lo natural y original” (Butler, 2001: 65).

En nota a pie, Butler dice en realidad que si aplicara las categorías de Frederick Jameson de parodia como copia del original, y de pastiche como aquello que cuestiona la imposibilidad de la copia, estas desestabilizaciones en tanto revelan que el original genérico no es más que una copia (representación), remitirían más al pastiche que a la parodia. Pero en esta inflexión, me parece justamente que se devela otra instancia de la representación que desde mi punto de vista no admite sacarla del contexto paródico. Me refiero a que además de la representación cultural que es el género masculino y de la representación paródica del drag, aparece la oposición entre la representación *On Stage* y *Off Stage*. En otras palabras, una vez admitido al carácter ficcional de la identidad de género (masculino / femenino), una vez admitido el carácter ficcional del género en el drag, vuelve a percutir el imaginado llamado de lo real, y es en esta clave que la cita marca una clara diferencia entre lo que podría comenzar siendo una “performance o un experimento” y lo que podría convertirse en la “realidad de una elección”.

No es original el sistema de sexo/género que funciona como referencia del discurso drag, no es original el acto performativo, pero esto no implica que prospectivamente se deje de producir la idea de un auténtico original en la ilusión de la identidad subjetiva. ¿Qué quiere decir esto? Que no es lo mismo representar una posición de sujeto transgenérica como Drag King en el escenario, que representar esta misma posición como alguien transgenerizado. En este sentido, parecería que si bien se cuestionan una serie de originales y se los muestra como lo que son, es decir representaciones, copias, se vuelve a recurrir a la necesidad de originales, que aunque no serían ya ubicables dentro del sistema heteronormativo, sí en el terreno de la configuración de una identidad de sí.

Este Yo identitario, desde el universo “subalterno” de las subculturas transexuales, parece seguir reclamando cierta autenticidad. Pero, ¿qué es lo que hace que ciertas representaciones reclamen una identidad original? ¿Qué es lo que hace que unos actos performativos sean más auténticos que otros? ¿Qué convierte a algunos enunciados en representaciones de una “identidad real”, mientras que otros no se vinculan necesariamente a ninguna posición de sujeto en particular? Hipotetizaremos que lo que parecería diferenciar a unas representaciones de otras es el dispositivo de la Identificación. Todas las representaciones que el sujeto realiza remiten a otras representaciones “ajenas”, sin embargo el sujeto no tiene frente a ellas siempre la misma relación, identificándose con algunas de ellas, asumiéndolas como propias e incorporándolas en su Yo.

De algún modo, y aun alterando la “naturalidad” de las identificaciones, esto es lo que vuelve a corroborarse en el discurso de Del LaGrace Volcano:

“I had been doing (female) drag for years. It was only making a “performance” out of femininity that I was able to inhabit a female persona... But when I donned a Drag King persona it didn’t feel like much of an act. I was astounded by how natural it felt to be a guy and be free of the anxieties I had lived for years around not passing as a “real” woman.” (DKB: 19) (6).

Para pensar la identificación, nos remitiremos otra vez a Jacques Lacan. Según el autor, si el Ideal del Yo es elaborado en el Orden Simbólico, el Yo Ideal –Yo/moi- se produce en el registro imaginario. Por un lado tenemos al Ideal del Yo, asociado en Lacan a la función simbólica, y ante el cual el sujeto nunca podrá completarse o lograrse; por el otro, nos encontramos con la construcción del sí mismo del sujeto, elaborado a través de sucesivas identificaciones, que configuran un Yo Ideal. Estas representaciones que configuran el Yo Ideal con las que el sujeto se identifica se darán siempre en relación con un otro. La escena fundante de construcción imaginaria del Yo Ideal será la del espejo, donde el sujeto se reconoce a sí mismo como una totalidad, sólo a condición de verse especularmente como otro (la imagen reflejada) idealizado (con una autonomía que en realidad no posee todavía). A partir de esta primera identificación, se sucederá una cadena de representaciones sustitutivas: imágenes ideales con las que el Yo seguirá identificándose.

Es sintomático que la única posibilidad para el sujeto de investirse a sí mismo con una identidad de sí, sólo pueda darse viéndose a sí mismo como un otro en la imagen especular de la fase del espejo. Este hecho es revelador porque deja sentado el carácter imaginario y fracturado del sujeto ya que el momento constitutivo del sujeto sólo se da en función de una imagen de sí que proviene del exterior. Esta fisura, en la que el sujeto, para acceder a un sí mismo debe necesariamente “convertirse” en otro,

impone una distancia abismal del sujeto para con su yo. Lo que nos señala Lacan es que la identidad del sujeto no puede ser otra cosa que una identidad imaginaria. Lo que constituye la Identidad para el sujeto es el juego infinito de identificaciones múltiples con diversas representaciones, que funcionarán como sustituciones y desplazamientos a partir de aquella primera enajenación fundamental, que es la identificación en la fase del espejo.

Este espacio identificatorio donde se configura la realidad para el sujeto, que es el registro que Lacan llama Imaginario, supone una serie de características que son clave para comprender la política de las posiciones que el sujeto asume a lo largo de su trayecto vital. En primer lugar, es necesario destacar que esta realidad (imaginaria) es siempre una realidad idealizada. Esta lógica de la idealización, se entiende a su vez por el hecho de que el imaginario está firmemente normativizado. La organización de la realidad imaginaria está atravesada por la cultura de la sociedad en la que esa “realidad” cobra sentido. Por último, es de subrayar que la configuración de la realidad es siempre un intento fallido dado que se constituye sobre un vacío que ningún imaginario logrará clausurar por completo.

Es esta enajenación del sujeto con respecto a la identidad de su Yo la que nos invita a desplazarnos del concepto de Identidad al de Identificación. Esto es, aceptar con Lacan, que la identidad del sujeto no puede más que construirse sobre un vacío fundamental, y que es gracias a este vacío que no encuentra centro de gravedad ni referencia algunos, que el sentido (tanto en las representaciones como en las identificaciones) puede desplazarse infinitamente, fundamentando su productividad imaginaria justamente en el intento de negar la nada que lo constituye.

Ahora bien, como señalábamos renglones más arriba, si bien este desplazamiento del sentido pone en evidencia la arbitrariedad del orden cultural, éste está radicalmente lejos de ser el paraíso de la libertad. Ya hemos mencionado que el imaginario se constituye en función de un orden normativizado. Esto es, que las cadenas representacionales implican hegemonícamente ciertas asociaciones identificatorias que se privilegian frente a otras dando con la identidad como una categoría unitaria, en la que se condensan una multiplicidad de identificaciones cuya (en realidad arbitraria) combinación ha sido naturalizada. En este sentido, lo que la posición de sujeto del Drag King como representación de una identificación transgénica pone de relieve es la desestructuración de la cadena identificatoria legítima para cierto orden cultural. La identificación transgénica produce una ruptura en la “identidad unitaria” prevista, en la medida en que combina dos o más representaciones pertenecientes, según la ideología dominante, a identidades distintas, en una misma cadena identificatoria. En efecto, como apunta Eve Kosofsky Sedgwick (1993), en nuestro orden cultural la ideología dominante establece como unitaria la identidad sexual de los sujetos, pidiéndoles que se identifiquen con una interpelación que supone:

- “Tu sexo biológico (cromosómico, etc.) macho o hembra;
- Tu asignación de género, autopercibida como femenino o masculino (supuestamente la misma que tu sexo biológico)
- La preponderancia de tus rasgos de personalidad y apariencia, como masculinos o femeninos (que supuestamente corresponde a tu sexo y tu género)
- El sexo biológico de tu compañero/a
- La asignación de género de tu compañero/a (supuestamente la misma que su sexo biológico)
- La masculinidad o femineidad de tu compañero/a (supuestamente opuesta a la tuya)
- Tu auto-percepción como gay o hétero (que supuestamente corresponde a si tu compañero/a es del mismo sexo o el opuesto)
- La auto-percepción de tu compañero/a como gay o hétero (supuestamente la misma que la tuya)
- Tu deseo de procreación (supuestamente afirmativo si eres hétero, y negativo si eres gay)
- Tus preferencias sexuales (supuestamente activas si eres varón o masculina/o, receptivas si eres mujer o femenino/a)
- Tus órganos sexuales más erotizados (que supuestamente corresponden con la capacidad procreadora de tu sexo y a tu asignación como activo/a o pasivo/a)
- Tus fantasías sexuales (supuestamente congruentes con tu práctica sexual, pero más fuertes en intensidad)
- El locus principal de tus lazos emocionales (supuestamente depositados en tu compañero/a)
- El disfrute de tu relación con el poder en las relaciones sexuales (supuestamente alto si eres varón o masculina/o, y bajo si eres mujer o femenino/a)
- La gente de la que aprendes sobre tu sexo y tu género (que supuestamente corresponde en ambos aspectos, con los tuyos)
- La comunidad de identificación cultural y política (que supuestamente corresponde a tu propia identidad)” (Kosofsky Sedgwick, 1993: 246-247, mi traducción).

Contraria a esta firme y tan profundamente arraigada normativización, el entrecruzamiento de identificaciones múltiples que materializa el sujeto transgenerizado, puede alterar las cadenas identificatorias hegemónicas impuestas por el sistema de sexo/género que regula el sistema cultural en el que vivimos, basado como está en la obligatoriedad de la heterosexualidad. Si

aceptamos el hecho de que el registro imaginario está altamente regulado, y que una de los dispositivos fundamentales de organización del imaginario occidental contemporáneo sigue siendo el de la división genérica y la heteronormatividad, la identidad transgenerizada viene a establecer un quiebre en la ideología dominante que “naturalmente” conjuga en una única identidad el sexo, el género, la orientación sexual, la identificación sexual.

El Drag King desnaturaliza el sistema de sexo/género. Pone en entredicho la legitimidad de las identidades hegemónicas, revolucionando la cadena de atributos que las constituyen y proponiendo nuevas combinaciones en el orden de la identificación. Alteran, de este modo, las condiciones de representación, que establecen qué es lo representable y lo que no, inaugurando nuevas posiciones de sujeto que amplían el campo de visibilidad y reestructuran el sistema de diferencias en el que se inscribe la lucha (política) por las fronteras (internas y externas) de la sociedad.

III. El cuerpo transgenerizado y el deseo de lo real

“... I have since been well tutored in the subtleties and nuances of the non-butcht trans-masculinity that he [Del] embodies, and I now recognize his position as a transgender man (...) Del identifies variously as hermaphrodite, transman, and other complicated self-constructed identities. I identify as a trans-butcht or a drag butcht, in other words, a butcht who is at the transitive edge of female masculinity.” (DKB: 5) (7).

“Del changes identities. This simple sentence does not mean to imply that Del is constantly shifting between identities (although he may be), it means he acts upon identities, his own and others’, and alters them by capturing on film.” (DKB: 6) (8).

Estas citas demarcan, de alguna manera, dos límites entre los que se plantea el juego identificatorio: por un lado, la desestabilización de la categoría de identidad misma, apelando a un antiesencialismo en el que el sujeto se niega a producir algún tipo de cierre; por el otro, la asunción de una posición de sujeto determinada, en un momento de fijación identitaria. Estos polos son los que están presentes en la lucha política por la visibilización y el derecho al reconocimiento de las diferencias, y la crítica al alcance limitado que muchas veces han tenido las políticas de identidad, uno de cuyos usos más conservadores puede vislumbrarse en la política de cuotas del multiculturalismo. Nos encontramos, en efecto, en una zona incómoda que no admite ni el esencialismo estratégico, pero que tampoco puede aceptar fácilmente el deconstruccionismo proveniente del campo intelectual cuya puesta en duda de todos los fundamentos, según algunos limita la capacidad de la política para ampliar los marcos democráticos de la sociedad contemporánea.

Este espacio indeterminado entre las identidades fijas y el puro flujo, es, de hecho, uno de los campos de la lucha política en la actualidad, y es el que ha llevado a autoras como Judith Butler o a Chantal Mouffe, a insistir en la necesidad de plantear la democratización de las sociedades no en términos de grupos que luchan por el acceso a ciertos derechos en función de una cierta afinidad por identificación, sino a partir de coaliciones por objetivos comunes. En efecto, como lo plantea Chantal Mouffe (1992, 1994), la lucha política modifica las identidades de los grupos en juego en el mismo proceso de la lucha; estos es: a medida que la historia de las relaciones de fuerza se modifican, también se modifican las posiciones de sujeto posibles, lo mismo que su valor, de modo que la sociedad no se conforma como un sistema fijo y cerrado de diferencias, sino como un campo de fronteras abiertas e indeterminadas, cuya forma sólo se determina temporal y precariamente. A partir de aquí, la posición de la autora –siguiendo la línea desarrollada junto con Ernesto Laclau– es que el compromiso con la democratización no puede pensarse en función de la mera proliferación de diferencias, sino que esta multiplicidad encuentra sentido político por referencia a un universal que pone a las distintas diferencias en una cadena de equivalencias. Este universal, según la perspectiva de estos autores, ya no podrá ser, como en el estado-liberal, remitido a ningún tipo de trascendencia. Pero sí, para Mouffe, se da a partir de la sobredeterminación social que genera un (precario) efecto totalizante, en función del cual es posible la articulación de las luchas locales.

La cuestión que se nos plantea en el caso de las identidades “trans”, o de modo más general, en el caso de las subculturas contra-heteronormativas, es que lo que se pone de manifiesto, en todas las luchas por la “nominación”, y en todas las categorías y subcategorías que proliferan a medida que más diferencias encuentran en el arco identitario, alguna posición, es el hecho de que a diferencia de otros diagramas identitarios más institucionalizados y por ende más estables, el de las “identidades sexuales” que se halla por fuera de lo representable por el sistema de sexo/género parecería estar en pleno proceso de lucha política por la institucionalización. Dicho en otras palabras, la definición de identidades sexuales en el contexto contemporáneo expresa claramente la imposibilidad de cierre ya que, a diferencia de otras categorías quizás ya más organizadas e institucionalizadas dentro del sistema de jerarquías socio-sexuales, éstas se encuentran sujetas a la inestabilidad de las luchas por la categorización –en muchos casos todavía no definidas. Así el intento de identificar categorías para la demarcación de un diagrama identitario respecto de la sexualidad ofrece, desde el inicio, algunas ambigüedades.

De cara a esta problemática, el tema a evaluar entonces, es la productividad política de la estabilización de estas posiciones,

sabiendo que en esa “estabilización” o institucionalización, se generará, como para cualquier identidad, una normativa excluyente. Por otra parte, no deja de ser cierto, que esta imposición normativa ya se ha producido y sigue produciéndose desde los discursos hegemónicos bajo la forma de la discriminación y la estereotipia. Como hemos visto, es evidente que la desestabilización de la identidad sexual/de género unívoca no se realiza sobre un vacío normativo, sino más bien todo lo contrario. De modo que en realidad, la cuestión política que queda por resolver consiste en tratar de ver cómo es posible responder a la fijación identitaria, siempre-ya establecida a través de la inclusión-excluyente (nos referimos a la representación de las posiciones subalternas como “otros”). Basta con mirar atentamente la producción mediática, para reconocer que efectivamente, las posiciones identitarias que no condicen con la heteronormatividad y que se proponen como representativas de posiciones no hegemónicas y que, por ahora, sólo definiremos como “por fuera de la representación heterosexual”, revisten un carácter declaradamente problemático. Así el uso que los medios de comunicación hacen de las identidades transgenéricas, de las identidades de drag-queens o drag-kings, de las identidades tanto de bisexuales, como de gays o lesbianas: su representación en el contexto de la cultura de masas o en la industria del entretenimiento apunta en la mayoría de los casos a ordenarlas en un catálogo más o menos jerarquizado de desviaciones de la norma.

Es contra esta tendencia que apunta a la colonización de la transexualidad, que quizás el libro de Judith Halberstan y la obra de Del LaGrace Volcano, realiza su mejor aporte. Ante el celebratorio mantra de las “identidades múltiples”, o las “nuevas identidades” que vendrían a sumarse a las viejas, la puesta en escena de los Drag Kings en las entrevistas y en las fotos, evoca en cambio las contradicciones de la subjetividad contemporánea. Porque si el libro pone en escena toda la artificialidad de una (cualquiera) identidad de género unívoca, no deja poner de relieve el peso que el cuerpo sigue soportando como el *locus* privilegiado donde el sujeto parecería seguir materializando su deseo de encontrar lo real. En efecto, como diría Judith Butler en su obra *Cuerpos que importan* (2002), si es el orden cultural del género el que ha constituido al sexo (que entonces no sería menos artificial que la cultura que le ha dado origen), no debemos pasar por alto que lo ha constituido como su base material:

“Si el género es la significación social que asume el sexo dentro de una cultura dada (...) ¿qué queda pues del sexo, si es que queda algo, una vez que ha asumido su carácter social como género? (...) En el curso de esa asunción, el sexo queda desplazado y emerge el género, no como un término de una relación continuada de oposición al sexo, sino como el término que absorbe y desplaza al sexo.

Cuando la distinción sexo/género se une a una noción de constructivismo lingüístico radical, el problema empeora aún más, porque el “sexo”, al que se define como anterior al género, será en sí mismo una postulación, una construcción, ofrecida dentro del lenguaje como aquello que es anterior al lenguaje, anterior a la construcción. (...) Pero, ¿es justo decir que el sexo desaparece por completo, que es una ficción impuesta sobre y en contra de lo que es verdad, que es una fantasía sobre y contra la realidad?” (págs. 22-23).

Según la autora, para deconstruir el sistema de sexo/género no basta con dejar sentado el carácter cultural del sexo, sino en todo caso, atender a la función que cumple, dentro del orden del discurso contemporáneo, como aquello que se pretende anterior al género. Tanto el género como el sexo tienen cada uno una historia (paralela) cuyo entrecruzamiento no habilita a la homologación de uno y otro. Su historicidad específica performativamente ha dado forma a la materialidad “natural” del sexo y a la normalización “social” del género. Y se han necesitado los dos términos (tanto al sexo como al género) para fijar las fronteras e inculcar las normas que han dado forma a la materialidad del cuerpo.

Y es justamente la recurrencia a esta materialidad del cuerpo lo que hace de la posición Drag King sobre la que transcurre la obra de Volcano y Halberstan, un espacio desestabilizador. La puesta en crisis del género en la transgenerización debe su poder a la alteración del cuerpo en tanto que materia. Es cierto que se podría concluir simplemente que en el gesto que propone la posición Drag King, y que se desarrolla en el libro, se revela el carácter discursivo (cultural) de un cuerpo que históricamente se disfrazó como natural. Sin embargo, siguiendo la línea argumentativa de Judith Butler, debemos reconocer que lo que en realidad revela la metamorfosis anatómica del Drag King es la fuerza performativa del poder para producir no sólo normas constituyentes a la subjetividad genérica, sino asimismo, sujetos sexuados, cuya formación corporal materializada a través de prácticas reiteradas, se ha sedimentado al punto de producir en el cuerpo “el efecto materia” (Butler, 2002).

La figura del Drag King parecería revolucionar en efecto la relación entre lo material y lo imaginario, y es justamente gracias a esta “revolución” que puede cuestionar con más fuerza la estabilidad de las categorías identitarias asociadas a la supuesta identidad del cuerpo sexuado. Con contundencia lo señala, esta vez, Del Lagrace Volcano:

“There are some who accuse me of betraying “womanity” by inhabiting what looks and sounds like a male body. BOLLOCKS to that I say! I’m a Gender Terrorist, a walking talking bomb...” (DKB: 21) (9).

El desafío que supone la apuesta por la hibridez y la indeterminación, en efecto quiebra hasta cierto punto las ficciones dominantes, pero aun así, y de cara a la jerarquía socio-sexual dentro de la cual vivimos, sabemos que este quiebre no es total.

La pregunta que sobreviene entonces es ¿hasta dónde estos gestos de reivindicación de la inestabilidad de las posiciones identitarias pueden resistir la sobredeterminación que articula de una manera específica (aún precaria y temporalmente) las posiciones de sujeto a asumir?

Esta sobredeterminación que marca el límite de lo representable en términos políticos, y que a la vez que demarca la frontera de lo material insignificado (en el cuerpo) y por tanto “no politizable” está desde ya inscripto en la significación, pero no se trata de cualquier lógica signifiante, sino de aquella que se muestra a sí misma como marcando sus límites, aquella que se da a sí misma como imposibilidad. En este sentido, y en su crítica a una lectura simplista de la performatividad del lenguaje con respecto al género, Butler señala: “Yo propondría, en lugar de estas concepciones de construcción, un retorno a la noción de materia, no como sitio o superficie, sino como un proceso de materialización que se estabiliza a través del tiempo para producir el efecto de frontera, de permanencia y de superficie que llamamos materia” (Butler, 2002: 28). Es decir que el discurso mismo para constituirse como tal necesita indefectiblemente operar una exclusión: “Hay un ámbito “exterior” a lo que construye el discurso, pero no se trata de un “exterior” absoluto, una “externalidad” ontológica que exceda o se oponga a las fronteras del discurso; como “exterior” constitutivo, es aquello que sólo puede concebirse –cuando puede concebirse- en relación con ese discurso, en sus márgenes y formando sus límites sutiles” (Butler, 2002: 26-27).

Paralelamente, Ernesto Laclau postula que la posibilidad de un sistema de significación –que desde nuestra lectura podría aplicarse tanto al sistema social como al sistema sujeto- sólo es factible a partir de unos límites excluyentes que constituyan al sistema (de diferencias internas) como una totalidad. Su razonamiento es que si para que haya significación, es necesario un sistema de diferencias a partir del cual cada signo adquiere un valor; a su vez, para que pueda darse un sistema, será necesario poder pensar algo distinto y exterior a él. La sistematicidad del sistema sólo puede mantenerse con relación a un límite exterior. En palabras del autor: “Lo que estamos tratando de significar no es una diferencia sino, al contrario, una exclusión radical que es el fundamento y condición de todas las diferencias” (Laclau, 1996: 75) (10)

Estas observaciones son las que nos permiten no adherir ingenuamente a una postulación de un sujeto transparente para sí mismo, que haría un uso instrumental de todas las posiciones de sujeto posibles, sin necesidad de unificación ninguna. Antes bien, nos obligan a atender a las contradicciones de la subjetividad: es la irremisible referencia a un real fantasmático, lo que hace que el sujeto elabore ciertas identificaciones imaginarias y no otras. Es este carácter fisurado y dividido del sujeto, frente a (la ilusión de que hay) algo exterior que no puede significar sino a través de ficciones sustitutas, es este vacío, este “Yo del sujeto (que) es un agujero en el ser” (Copjec, 2006: 104), lo que hace que el sujeto no controle el modo en que se sobredeterminan sus posiciones de sujeto para articular en un momento dado su subjetividad. Son estas contradicciones justamente, las que permiten que aún reconociendo en el plano del discurso “racional” el carácter ideológico de ciertas prácticas de exclusión, el sujeto no pueda dejar sin embargo, de estar comprometido profundamente con ellas.

En este sentido, “la verdad del cuerpo” que se pone en cuestión –pero que por eso mismo es reclamada- en los discursos de Drag Kings, podría estar funcionando como el síntoma de lo real/material enajenado en la ficción ideológica, bajo la hegemonía de la heterosexualidad del sujeto sexuado. La “verdad del cuerpo”, vivido como materia, funcionaría como el sitio privilegiado donde el sujeto, presintiendo su ser fracturado, deposita la ilusión de una significación capaz de acceder a lo “real”. El cuerpo, en tanto sustituto eficaz de lo real –aquel límite del que el sujeto está en realidad enajenado-, sobredeterminaría en el sujeto la forma de la clausura sobre la que se cierne la ilusión constitutiva de su totalidad.

Siguiendo a Butler, si es la performatividad de la norma la que viabiliza tanto al sujeto (por virtud de la norma necesariamente sexuado) como a su práctica desestabilizadora, nuestra hipótesis es que el cuerpo metamorfoseado del Drag King adquiere toda su dimensión política por virtud del grado de sedimentación de la norma que desestabiliza. Puesto en otros términos: porque sigue insistiendo en la materialidad del cuerpo, este discurso es capaz de desestabilizar la norma que sexualiza a los sujetos.

Decíamos al comienzo que no creíamos que fuera en el carácter supuestamente material de la intervención sobre el cuerpo, donde podíamos encontrar la novedad de las prácticas actuales de transformación corporal, sino en el sentido que “lo material” del cuerpo asumía en el imaginario contemporáneo. En efecto, no se trata de que el discurso Drag King desmaterialice a los cuerpos presentándolos como pura representación, sino de disociar la materialidad del cuerpo de su naturaleza. El cuerpo del Drag King pretende ser fuertemente material, pero lo que cambia es la relación de esta materialidad con el sexo en tanto que “naturaleza”, y el cual una vez desnaturalizado, habilita a que esa materialidad no se da ya como destino sino como meta.

Es el deseo de lo real, que seguiría encontrando en la materialización del sexo un dispositivo eficaz, lo que da a las políticas de subversión de la “naturaleza” la fuerza para indicar lo que ese dispositivo excluye y modificar quizás con el tiempo los términos en los que el cuerpo se produce. Si la materialidad del cuerpo funciona como ese espacio imaginario que sobredetermina las articulaciones de posiciones de sujeto posibles, podrá encontrarse en los usos que la performance Drag King hace de él, la clave para pensar unas formas no hegemónicas de la articulación entre el deseo y la identificación, entre el género y la sexualidad.

Notas

- (1) Hacemos alusión a la perspectiva foucaultiana (Foucault, 2002), que sostiene que uno de los dispositivos que dan nacimiento a la sexualidad es la producción de verdad. Para el autor, la sexualidad nace como un nuevo dominio de verdad sobre el sexo y el sí mismo, a partir de la confluencia de la ciencia con el ritual de la confesión. Gracias a esta intersección, el sexo –configurado por la sexualidad- queda asociado a la voluntad de saber.
- (2) Del LaGrace Volcano es un reconocido(o/a) y prolífico(o/a) artista visual cuyo trabajo foto y videográfico así como de ensayo y crítica, consiste en un agudo cuestionamiento a las nociones de identidad sexual y de género. Judith Jack Halberstam es profesor(a) del departamento de Inglés y dirige el Centro de Investigaciones Feministas en la USC (University of Southern California), ha escrito numerosos ensayos e impartido cursos sobre estudios *queer*, teoría del género, arte, literatura y cine. Para este trabajo, tomaremos como referencia su libro conjunto *The Drag King Book*, en el que se conjugan el documental fotográfico con entrevistas y un largo ensayo, basándonos fundamentalmente en estos últimos textos.
- (3) Del LaGrace Volcano y Judith “Jack” Halberstam, *The Drag King Book*, Londres, Serpent’s tail, 1999. De ahora en más, este libro será citado como DKB. En cuanto a la traducción de los textos (ya que no hay versión en castellano de esta obra), ésta corre por mi cuenta, y he decidido no traducir los términos “drag”, “drag king”, “ni performance”, dado que los mismos tienen una connotación teórica en inglés que no sabría cómo traducir sin perder su sentido original.
- (4) “Cuando me preguntan “¿qué es un Drag King?”, respondo: “Cualquiera que (independientemente del género), concientemente hace una performance de la masculinidad”.
- (5) “En mi diccionario, los Drag Kings son parte del espectro transgénero, pero no todo aquel que hace drag es transgénero o quiere serlo. Hay un pequeño pero significativo porcentaje de Kings que reconocen que su personificación Drag King es más que un acto teatral. Y un porcentaje aún menor ha traspasado la escena Drag King y ahora se identifica como transgénero, transexual, intersexual o simplemente como una variante genérica. Para algunos de nosotros, aquello que comenzó como una performance o un experimento, se convirtió en la realidad de una elección.”
- (6) “Me he travestido como mujer por años. Era sólo haciendo una “performance” de la feminidad que me era posible habitar una persona femenina. Pero cuando me vestí como Drag King no me sentí como si estuviera actuando. Me sorprendió enormemente cuán natural se sentía ser un chico y estar libre de las ansiedades con las que había vivido durante años porque no se me viera como una mujer “real”.”
- (7) “Desde entonces fui muy bien llevada por las sutilezas y los matices de la transmasculinidad-no-bombero* que Del encarna, y ahora reconozco su posición como un hombre transgenérico (...) Del se identifica diversamente como hermafrotortillera*, transhombre y otras complicadas identidades autoconstruidas. Yo me identifico como una trans-bombero o una bombero travestida, en otras palabras, como una bombero que está en el límite transitivo de la masculinidad femenina.” (* El término “butch” que remite a “butch lesbian” se traduciría como “lesbiana carnicera”, y es paralelo de lo que en otros contextos se denomina como “bombero/a” o “bollera”. En inglés, “hermafrodyke” permite el juego con “hermafrodite”, no reproducible en español, siendo “dyke” un nombre descalificativo para las lesbianas, como en el contexto español sería el de “bollera” o “tortillera”).
- (8) “Del cambia identidades. Esta simple frase no pretende sugerir que Del está alternando continuamente entre una identidad y otra (a pesar de que puede que lo haga); significa que él actúa sobre las identidades, la suya y las de otros, y las altera al capturarlas con la cámara.”
- (9) “Hay quienes me acusan de estar traicionando “la condición de mujer” al habitar aquello que se ve y suena como un cuerpo masculino. ¡A la mierda con lo que dicen! Soy un(a) terrorista del género, una bomba parlante caminando...”
- (10) Es a partir de esta observación teórica sobre los límites del sistema de significación, que el autor desarrolla su teoría de los “significantes vacíos” que son aquellos capaces de suspender y subvertir el proceso de significación. El “significante vacío” es aquél a través del cual, “privilegiando la dimensión de equivalencia hasta el punto en que su carácter diferencial es casi enteramente anulado –es decir, vaciándose de su dimensión diferencial- [que] el sistema puede significarse a sí mismo como totalidad” (Loc. Cit.).

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- BAJTIN, Mijail / Voloschinov, Valentín, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1993.
- BENVENISTE, Emile, “Naturaleza del signo lingüístico”, “La naturaleza de los pronombres”, “La subjetividad en el lenguaje”, en *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1991.
- BUTLER, Judith, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós, 2001.
- BUTLER, Judith, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- COPJEC, Joan, *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y sublimación*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- DERRIDA, Jacques y Stiegler, Bernard, *Ecografías de la televisión. Entrevistas filmadas*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad Vol. I: La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- KOSOFKY SEDGWICK, Eve, “Queer and now”, en Edmundson, Mark (Ed.), *Wild orchids and Trotsky*, New York, Penguin Books, 1993.
- LACAN, Jacques, *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.
- LACAN, Jacques, “El estadio del espejo como formador de la función del yo”, “Función y campo de la palabra”, en *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- LACLAU, Ernesto, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- LAGRACE VOLCANO, Del y Halberstam, Judith “Jack”, *The Drag King Book*, Londres, Serpent’s Tail, 1999.

MOUFFE, Chantal, "Citizenship and political identity", *October* Nro. 61, Cambridge, MIT, Summer 1992.

MOUFFE, Chantal, "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", *Revista de Crítica Cultural* Nro. 9, Noviembre, 1994.